

Cartas a Hipatia

Sinesio de Cirene

I

A la filósofa:

He producido dos libros este año. Uno de ellos como si estuviera movido por Dios mismo; el otro por la calumnia de los hombres. Algunos de quienes visten la túnica blanca o negra sostuvieron que yo soy infiel a la filosofía, aparentemente porque profeso gracia y armonía de estilo y porque me aventuro a tratar temas relativos a Homero y a las figuras de los retóricos. A los ojos de tales personas, uno debe odiar la literatura para ser un filósofo y debe ocuparse sólo de los asuntos divinos. No cabe duda de que estos hombres son contempladores de lo cognoscible. Este privilegio es ilegítimo para mí, porque paso parte de mi ocio purificando mi lengua y endulzando mi ingenio. Lo que les mueve a condenarme bajo la acusación de que sólo soy adecuado para las nimiedades es el hecho de que mi *Cinegética* desapareció de mi casa, —no sé cómo—, y que ha sido recibida con gran entusiasmo por ciertos jóvenes que veneran los aticismos y los periodos graciosos. Además, algunos de mis intentos poéticos parecían ser obra de un artista que reproduce lo antiguo, como acostumbramos a decir delante de las estatuas. Hay ciertos hombres entre mis críticos cuyo descaro sólo es superado por su ignorancia y estos son los más dispuestos a estirar las discusiones sobre Dios. Siempre que te encuentres con ellos, tendrás que escuchar sus balbuceos y silogismos inconclusos. Derraman un torrente de grasa sobre quienes no tienen necesidad de ella, en lo que encuentran, supongo, su propio beneficio. Los maestros públicos que se ven por nuestras ciudades son de esta ralea. Se creen habilitados para usar el mismo cuerno de Amaltea. Reconocerás, creo, a esta tribu de acomodadizos que proclaman erróneamente la nobleza de su propósito. Quieren que me haga su discípulo. Dicen que en breve tiempo me harán osado en las cuestiones de la divinidad y que seré capaz de declamar día y noche sin parar. Los demás, que tienen mejor gusto, son sofistas mucho más desafortunados que estos. Querrían ser famosos del mismo modo, pero lamentablemente para ellos, son incapaces incluso de esto. Conoces a algunos, quienes desposeídos por la labor del recaudador de impuestos o bajo la presión de otra calamidad, se han hecho filósofos en la madurez de su vida. Su filosofía consiste en una fórmula muy sencilla: poner a Dios por testigo, como hacía Platón, siempre que niegan algo o siempre que afirman algo. Una sombra sería mejor que este hombre a la hora de decir algo sobre cualquier tema, pero sus pretensiones son extraordinarias. ¡Oh, qué cejas tan orgullosamente arqueadas! Se mesa las barbas con la mano. Adopta un semblante más solemne que las estatuas de Jenócrates. Incluso han dispuesto

encadenarnos con una ley hecha a su medida. En resumen, ninguno posee el menor conocimiento sobre lo bueno. Piensan que se les desenmascara si uno, estimado como filósofo, sabe cómo hablar, porque creen ocultarse detrás de un velo de simulación mientras aparentan estar plenos de sabiduría. Estos son los dos tipos de hombres que me han acusado falsamente de ocuparme de asuntos triviales. Unos, porque no digo los mismos sinsentidos que ellos; otros porque no tengo la boca cerrada y no guardo al “toro en mi lengua” como ellos hacen. Contra estos se compuso mi tratado y trata sobre la locuacidad de una escuela y el silencio de la otra. Aunque sea esta última en particular la que se menciona, —concretamente a los hombres mudos y envidiosos en cuestión (¿No crees que con alguna gracia?)—, sin embargo también rastrea a los otros e intenta ser, no tanto un discurso de exhibición como un encomio de la gran erudición. No rechazo sus acusaciones, sino que para su desconcierto, las he cortejado con frecuencia.

A continuación, tratando sobre la elección del modo de vida, la obra alaba el modo de vida filosófico como la más filosófica de las elecciones. Qué clase de elección debería tenerse en cuenta, léelo del libro mismo. Finalmente, la obra defiende mi biblioteca, a quienes los susodichos hombres acusan de ocultar copias no revisadas. Estos maliciosos ni siquiera han apartado sus manos de estas cosas. Si cada cosa está en su lugar y si han sido tratadas en su momento; si los motivos detrás de cada parte son justos; si se ha dividido en un número de capítulo al estilo de esa divina obra, el *Fedro*, dónde Platón trata los diferentes tipos de belleza; si los argumentos convergen en el fin propuesto; si la convicción apoya la debilidad de la narración y si la demostración es correcta, como sucede en tales casos, y si una cosa se sigue lógicamente de la otra, este resultado debe provenir de la naturaleza y el arte.

Quien no sea indisciplinado, descubrirá también cierta influencia divina bajo un modelo más grosero, como la Afrodita o las Gracias o las encantadoras divinidades que los artistas atenienses ocultaban dentro de las figuras esculpidas de un Sileno o de un Sátiro; dicho hombre, en toda ocasión, descubrirá que mi libro ha desvelado los dogmas místicos, pero el significado de los mismos escapará fácilmente a otros debido a su semejanza con la redundancia, ya que su apariencia es la de haber sido arrojado a la narración por azar, cosa que puede parecer tosca. Los epilépticos son las únicas personas que sienten las influencias frías de la luna; del mismo modo, sólo a quienes reciben los relámpagos de las emanaciones del intelectos, a quienes tienen plena salud en el ojo de la mente, Dios les enciende una luz semejante a la suya y dicha luz es la causa del conocimiento de lo intelectual, y en las cosas cognoscibles es la causa de que sean conocidas. De modo semejante, la luz ordinaria conecta la vista con el color, pero elimina esta luz y su potencia para discernir será inefectiva.

Sobre todo esto, aguardo tu decisión. Si decretas que debería publicar mi libro, lo dedicaré a los oradores y los filósofos. A los primeros les agradará y a los segundos les será útil, en el supuesto de que no lo rechaces tú, que eres la verdaderamente capacitada para juzgarlo. Si no te parece digno de los oídos griegos, si como Aristóteles, valoras

más la verdad que la amistad, una obscuridad profunda y cerrada lo cubrirá y la humanidad nunca lo mencionará.

Suficiente de este asunto. La otra obra la ordenó Dios y le dio su sanción y está dispuesta como una ofrenda de acción de gracias a las facultades imaginativas. Contiene una investigación sobre el alma imaginativa y sobre otros aspectos que no han sido tratados antes por ningún filósofo griego. Pero, ¿por qué extendernos en esto? Esta obra se completó totalmente en una sola noche, o más bien, al final de una noche, aquella que me trajo la visión que me incitó a escribirla. Hay dos o tres pasajes en el libro que me parece que fueran de otra persona, como si yo fuera uno más escuchándome a mí mismo entre otros que están presentes. Incluso ahora, esta obra, tan pronto como la repaso produce un efecto maravilloso sobre mí, y una cierta voz divina me envuelve como en poesía. Si esta experiencia mía no es única o puede sucederle a otro, tú me iluminarás al respecto, porque después de mí serás la primera entre los griegos en tener acceso a la obra. Los libros que te mando todavía están inéditos, y para que esté completo el número, te envío mi ensayo sobre el regalo. Lo produje hace mucho tiempo, durante mi periodo como embajador. Estaba dirigido a un hombre muy influyente ante el emperador, y la Pentápolis se benefició del ensayo y del regalo.

II

A la filósofa:

Te saludo y te suplico que saludes a mis queridos camaradas por mí, augusta Señora. Durante mucho tiempo te he reprochado que no me has tenido por digno de una carta, pero ahora sé que todos vosotros me despreciáis, no por algún error de mi parte, sino porque soy desafortunado en muchas cosas, en tantas como un hombre pueda serlo. Si tan sólo hubiera recibido cartas tuyas para saber cómo os iba a todos —aunque estoy seguro de que está feliz y disfrutas de buena fortuna—, me habría liberado de la mitad de mi propio problema, simplemente con el regocijo por tu felicidad. Pero ahora tu silencio se ha añadido a la suma de mis pesares. He perdido a mis hijos, a mis amigos y la buena voluntad de todos. La mayor pérdida de todas, sin embargo, es la ausencia de tu espíritu divino. Tenía la esperanza de que mientras estuviera conmigo, conquistaría tanto los caprichos de la fortuna como los fatídicos giros del destino.